

PAISAJE E IDENTIDAD NACIONAL EN AZORÍN

Nicolás Ortega Cantero
Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

Los escritores de la denominada generación del 98 mostraron un gran interés por el paisaje de España, y propusieron de él imágenes interesantes y valiosas, directamente conectadas con su intención de buscar las claves de la propia identidad nacional española. Dentro de ese grupo de escritores del 98, Azorín (José Martínez Ruiz, 1873-1967) fue uno de los que tuvo una dedicación paisajística más sostenida e intensa. Azorín recogió con fidelidad los puntos de vista de Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) y de la Institución Libre de Enseñanza, fundada en 1876, y ofreció una imagen del paisaje español —y, en particular, del paisaje de Castilla— penetrante y valiosa, acorde con su concepción historiográfica castellanista y con su idea de la continuidad nacional, y coherentemente enmarcada en el horizonte intelectual de la generación del 98. Este artículo se dedica a considerar algunos de los rasgos característicos de esa visión paisajística de Azorín, que constituyó una aportación destacada (e influyente) a la cultura moderna del paisaje en España.

Palabras clave: Paisaje, generación del 98, identidad nacional, imagen literaria del paisaje, Castilla.

ABSTRACT

The writers of the named generation of 1898 displayed great interest for the Spanish landscape, and they suggested interesting and precious images about it, in order to connect with their own intention to look for the keys of Spanish national identity. In this group of '98 writers, Azorín (José Martínez Ruiz, 1873-1915) had an intense and steady dedication for the landscape. Azorín took again with fidelity the points of view of Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) and from Institución Libre de Enseñanza, founded in 1876, and he gave a deep

Fecha de recepción: marzo de 2003.

Fecha de admisión: marzo de 2003.

and valuable image of the Spanish landscape –specially from the Castilla’s landscape-, in the same way than his conception of the Spanish History with a Castilian basis in his idea of a national continuity. These points of view should be well coherently framed in the intellectual horizon of the generation of ’98. This paper consider some of the most characteristics features of this Azorín’s landscape vision, which was an emphasized (and influential) contribution to the modern culture of the landscape in Spain.

Key words: Landscape, generation of ’98, national identity, literary image of landscape, Castilla.

Entre todas las imágenes literarias del paisaje español que se suceden a lo largo de los dos últimos siglos, las procedentes de los escritores de la denominada generación del 98 ocupan un lugar relevante. Tanto por sus rasgos característicos, con una dimensión geográfica notable, como por la honda y sostenida influencia que ejerció en el panorama cultural de su tiempo y posterior, la representación noventayochista del paisaje español fue bastante importante. Los escritores del 98 constituyeron en España, según Eric Storm (2002), el primer grupo de intelectuales en sentido moderno, y desempeñaron un papel nacionalizador destacado. Vivieron los cambios sustanciales que se produjeron en España, al igual que en Europa, desde los últimos años del siglo XIX, que pusieron en entredicho algunos de los modelos políticos, sociales y culturales hasta entonces predominantes, y optaron por buscar, en ese mundo cambiante, las claves de la identidad nacional española, los fundamentos mismos de una nación que entendieron sobre todo en términos de comunidad cultural. Y con ese empeño, con ese propósito de encontrar los fundamentos culturales de la identidad colectiva española, se relaciona estrechamente su visión del paisaje, su modo de percibirlo y de valorarlo, su manera de interpretar las cualidades y los significados que distinguen en él.

Azorín fue, dentro del grupo de los escritores del 98, uno de los que más interés mostró por el paisaje. «Lo que da la medida de un artista —dijo Azorín (1968, 130)— es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje... Un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la *emoción del paisaje*...» Su obra literaria ofrece numerosos ejemplos de ese sentimiento y de esa interpretación. El paisaje español constituye uno de los motivos centrales de los escritos de Azorín, y su percepción y valoración se halla en ellos directamente conectada, como sucede en otros noventayochistas, con su empeño en definir los rasgos característicos de la identidad colectiva nacional. La visión del paisaje español vertebrada por Azorín es inseparable de su directa y destacada participación en lo que Inman Fox (1997) ha denominado «la invención de España». Moviéndose en esas coordenadas nacionalizadoras, la imagen que proporciona Azorín del paisaje español, siempre interesante y valiosa, constituye un acabado exponente de los criterios y las intenciones que presidieron el horizonte paisajístico de los escritores del 98. Veamos a continuación algunos de los rasgos característicos de esa imagen del paisaje español propuesta por Azorín.

* * *

Para entender el carácter de la aportación paisajística de los escritores del 98, y, más concretamente, de Azorín, conviene comenzar por tener en cuenta su relación directa con los

puntos de vista que habían promovido antes Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza. La labor desarrollada en ese sentido por el círculo gineriano e institucionista fue importante, ya que supuso la introducción y el consecuente desarrollo en España de la visión geográfica moderna del paisaje, con todas sus dimensiones científicas y culturales. Francisco Giner y la Institución incorporaron, desde los años ochenta del siglo XIX, las claves (explicativas y comprensivas, intelectuales y sentimentales) de la visión del paisaje auspicada, desde tiempos de Humboldt, por la Geografía moderna. La visión que Giner y, siguiendo sus pasos, la Institución Libre de Enseñanza ofrecen del paisaje español se inscribe plenamente en las coordenadas de los enfoques geográficos modernos. Las actitudes y las intenciones que presiden esos enfoques, sin excluir su interés en buscar la convergencia de puntos de vista distintos pero complementarios, su empeño en apoyarse en lo que Vincent Berdoulay y Hélène Saule-Sorbé (1998) han denominado «la movilidad de la mirada», están muy presentes en el modo de acercarse al paisaje y entenderlo que propusieron Giner y sus colaboradores institucionistas¹.

Francisco Giner propuso una imagen actualizada del paisaje español, una nueva manera de verlo y de valorarlo, apoyada en las interpretaciones, nuevas también, que estaban ofreciendo los naturalistas de su tiempo, y capaz de adentrarse en la comprensión de sus cualidades y significados culturales. Su artículo titulado «Paisaje», publicado en *La Ilustración Artística*, de Barcelona, lo demuestra con meridiana claridad (Giner de los Ríos, 1886). Dirigió sobre todo su atención hacia el paisaje de Castilla, acuñando, tras el desprecio romántico, su primera imagen moderna, y se sintió siempre muy atraído por la Sierra de Guadarrama, de la que propuso una visión que conjugó modélicamente la intención naturalista y explicativa y la búsqueda de valores culturales y simbólicos.

La visión del paisaje del círculo gineriano e institucionista mantuvo estrechas relaciones con su ideario y con sus aspiraciones nacionales. Las cualidades que Giner y los institucionistas descubrieron en el paisaje, los valores y los significados que le atribuyeron, son inseparables, claro está, de su pensamiento y de sus creencias. La imagen del paisaje forma parte del «imaginario» de Giner y de sus colaboradores institucionistas, del conjunto de representaciones que expresan simbólicamente su concepción del mundo que les rodea y de las posibilidades de mejorarlo. Su acercamiento al paisaje es inseparable de su participación en el proceso de identificación de la comunidad nacional, de signo liberal, que se estaba desarrollando entonces en España. Acercarse al paisaje era un modo de acercarse al pueblo español, a su carácter y a su historia. La consideración del paisaje ocupó así un lugar destacado en el horizonte historiográfico del círculo gineriano e institucionista, y lo ocupó también a la hora de entender y procurar descubrir, de acuerdo con ese horizonte, los rasgos característicos de la propia identidad nacional. El modo de entender el paisaje comprendía, en Giner y en sus compañeros de la Institución, una clara intención de afirmación nacional, de búsqueda de las notas distintivas de la comunidad española.

La Institución Libre de Enseñanza, encabezada por Francisco Giner, participó activamente en «la construcción de una identidad nacional española» (Fox, 1997, 15-34), empeño similar al que se planteó, a lo largo del siglo XIX, en otros países europeos, y su

¹ He estudiado los fundamentos, las características y la importancia de la visión del paisaje de Francisco Giner de los Ríos y de la Institución Libre de Enseñanza en Ortega Cantero, 2001.

modo de ver el paisaje estuvo directamente relacionado, de manera coherente, con los diagnósticos y las aspiraciones de ese horizonte nacionalista. La valoración del paisaje promovida por el círculo gineriano e institucionista no se apartó nunca de su propósito de identificar las claves, los rasgos característicos, de la comunidad nacional. Su visión del paisaje no es ajena a su búsqueda de la identidad nacional española, a los afanes de su nacionalismo, que se mostró siempre, como ha advertido Diego Catalán (1991, 60-65), «liberal» y «progresista».

La imagen del paisaje conformada por Giner y la Institución tuvo una influencia notable en el panorama cultural de la España de su tiempo y de después. Esa influencia se dejó sentir con claridad entre los escritores (y los pintores) de la generación del 98. Gracias a Giner y a la Institución Libre de Enseñanza pudo «alentar», según Azorín (1916, 206), el «grupo de literatos y artistas nuevos» de la generación del 98. «España —añade— comienza a ser sentida mejor, más íntimamente que hace cuarenta años. Se comprenden como jamás se han comprendido el paisaje y las viejas ciudades». Y José Ángel Valente (1965), tras advertir que estudiar la obra de Giner «no sólo es estudiar un tronco importante de nuestra *genealogía*, sino un decisivo aspecto de nuestras *etimologías*, pues en él está la raíz de muchas palabras que de otras manos hemos recibido», se refirió a la fuerte impronta que dejó en los escritores del 98 y en quienes les siguieron luego. «La visión, no ya política y moral, sino física, de España, que con distintos acentos personales gravita en nuestra literatura desde el 98 en adelante —escribe Valente—, es en muy considerable medida de estirpe gineriana».

La imagen que ofreció el círculo gineriano e institucionista del paisaje tiene muchos puntos de conexión con la que aportaron después escritores como Azorín, Machado o Unamuno (o pintores como Aureliano de Beruete o Jaime Morera). Y en esa conexión reside una de las razones del patente componente geográfico del paisajismo de los escritores del grupo del 98, que ha sido señalado y estudiado por diversos autores². La cercanía entre los puntos de vista ginerianos e institucionistas y la visión del paisaje, sobre todo del paisaje castellano, de los escritores del 98 fue en algunos casos especialmente estrecha. Tal proximidad puede comprobarse en algunos de los textos paisajistas más característicos de Machado y Unamuno, y puede comprobarse también, sobre todo, en los escritos de esa misma índole de Azorín, que llegó a un grado muy elevado de compenetración con las actitudes y las intenciones del círculo gineriano e institucionista.

* * *

2 Eduardo Martínez de Pisón (1973) fue el primero en considerar esa dimensión geográfica de los escritores del 98, a propósito de un texto de Azorín («En la montaña», incluido en su libro *España*, de 1909). Después, junto a numerosas referencias ocasionales al mismo asunto a lo largo de otros trabajos, el mismo Martínez de Pisón (1998) ha ofrecido un estudio amplio y detallado, con criterio geográfico, sobre la aportación paisajística del 98. También José Antonio de Zulueta Artaloytia (1988) trató de ese mismo asunto, y, por su parte, Antonio López Ontiveros (1991, 107-122, y 2001) ha considerado con detenimiento, analizando una de sus novelas (*La feria de los discretos*, de 1905), la perspectiva paisajística y geográfica de Pío Baroja. Por su parte, aunque con un enfoque diferente de los anteriores, Jesús García Fernández (1985, 81-141) se refirió también a las notas geográficas de la visión noventayochista del paisaje castellano.

Decía Ramón Carande (1976, 217) que, cuando leía a Azorín, le parecía estar escuchando a Francisco Giner, de quien fue alumno, en la Universidad de Madrid, en su clase de Doctorado de Derecho. Azorín fue el que mostró, dentro del horizonte noventayochista, el mayor grado de identificación con las posturas y los gustos de Giner y de los institucionistas. Se sentía muy cerca de ellos, admiraba su forma de ser y de comportarse, y encontraba tan razonable como conveniente su manera de entender los problemas de España y de intentar resolverlos. La conexión que mantuvo Azorín con la visión paisajística de Giner se corresponde enteramente con la que mantuvo, en términos más amplios, con su ideario. Los textos de carácter paisajístico de Azorín están muy cerca, en sus presupuestos, en sus intenciones, en sus sentimientos, y a veces hasta en su más inmediata literalidad, del paisajismo gineriano. Recogen con fidelidad las claves de la visión del paisaje inicialmente propuesta por Giner, tanto en lo que se refiere a los fundamentos modernos de su modo de percibirlo y valorarlo, como en lo que atañe a sus implicaciones históricas, culturales y simbólicas.

Azorín manifestó una gran simpatía por la filosofía krausista, en la que se apoyaban Giner y los institucionistas, y elogió a sus representantes más destacados, incluso durante sus años de militancia en el partido conservador (Fox, 1999, 38). Veía en ellos un modelo de conducta valioso y atractivo. Y también estimaba mucho Azorín un rasgo característico de Giner y de la Institución Libre de Enseñanza: el hermanamiento de tradición e innovación, de «españolismo» y «universalidad», que se manifestaba en su pensamiento y en sus iniciativas. «Una nota de universalidad y otra nota de españolismo —escribe Azorín (1967, 124)—: de tal modo podemos resumir nuestra impresión respecto del espíritu de la Institución Libre». El pensamiento de Giner y del círculo institucionista «representa —en palabras de Azorín (1916, 204)— la innovación», y además «encarna lo más sólido, lo más hondo, lo más sustancioso de España».

En el paisajismo gineriano se daba una compenetración de innovación y tradición que Azorín no pasó por alto: se planteaba una visión moderna del paisaje, acorde con los modos de entenderlo que caracterizaban al paisajismo europeo de entonces, y esa visión se mostraba muy interesada en descubrir e interpretar las huellas de la tradición, del propio pasado, inscritas en el paisaje. Tales huellas humanas del pasado eran no sólo un componente ineludible del paisaje, a menudo importantes en la conformación de su imagen, sino también, al tiempo, un testimonio y una expresión del carácter de las gentes que lo habían habitado y de los rasgos de su historia interna o intrahistoria. El paisaje se hacía así historia, tradición. Estaba íntimamente ligado a los hombres que habían vivido en su seno, al carácter o, como se decía entonces, a la psicología del pueblo que lo había habitado, a los rasgos distintivos de su tradición y de su historia, de su identidad colectiva. Las huellas históricas, culturales, del paisaje hablan —como lo hacen con extrema claridad en las impresiones que Giner dejó de sus excursiones artísticas— de los valores tradicionales del propio pasado. Giner llamó una y otra vez la atención sobre esos componentes históricos del paisaje, que remitían a la propia tradición, a la intrahistoria del pueblo español, y Azorín se mostró especialmente receptivo a ese tipo de consideraciones.

La dimensión histórica, el paso del tiempo, la sucesión temporal de las cosas y de los hombres, ocupa un lugar destacado en el paisajismo de Azorín. No sólo le interesa la imagen del presente y las huellas que subsisten en ella del pasado, sino también la imagen misma de ese pasado, lo que el paisaje era en tiempos pretéritos. No es sólo la presencia del pasado en

el presente del paisaje lo que busca Azorín; persigue además evocar el pasado mismo del paisaje, acercarse a lo que fue en momentos históricos anteriores. Todo ello se relaciona con la perspectiva que adopta Azorín a la hora de interpretar la realidad española, doblemente apoyada en una concepción historiográfica que Fox (1997, 136) ha denominado «castellano-céntrica», y en la idea de continuidad nacional, en la afirmación de la existencia de una continuidad secular de la mentalidad nacional. Esta idea de continuidad histórica es la que lleva a Azorín, en su empeño por distinguir las claves de la propia identidad cultural colectiva, a indagar en el pasado, a interesarse por todo lo que le permite descubrir, en ese pasado, las notas distintivas del carácter nacional.

Ambos aspectos de la perspectiva de Azorín, su enfoque historiográfico castellanista y su noción de continuidad nacional, se expresan cumplidamente en sus escritos. Así sucede en sus acercamientos, siempre despiertos, a la tradición literaria española —que ayudaron a popularizar los autores clásicos tanto entre el público como entre los investigadores (Fox, 1988, 141)—, con la intención de encontrar en ella las notas propias de la cultura nacional. Lo que latía en sus escritos sobre los autores clásicos era, como él mismo decía, «una curiosidad por lo que constituye el ambiente español —paisajes, letras, arte, hombres, ciudades, interiores—» (Azorín, 1920b, 11). En la dedicatoria (a Ramón María Tenreiro) de *Clásicos y modernos*, escribió Azorín (1913, 5) lo siguiente: «Es este libro como la segunda parte de *Lecturas españolas*. Los mismos sentimientos dominan en él: preocupación por el ‘problema’ de nuestra patria; deseo de buscar nuestro espíritu a través de los clásicos.»

También se expresa con claridad la orientación castellanista de Azorín y su interés por el pasado, vinculado a su idea de la continuidad nacional, en su visión del paisaje. Presta mucha atención a las huellas del pasado en el paisaje, y procura también imaginar su realidad pretérita, para descubrir así las claves originarias del carácter nacional. El latido del pasado, de un pasado casi siempre mejor que el presente, se deja sentir continuamente en su visión del paisaje de Castilla, y en ocasiones la comparación del antes y el después adquiere tintes de denuncia. La Castilla que había dado, según Azorín, el tono de la nacionalidad, era, a principios de siglo, el ámbito español más necesitado de ayuda. «Hoy —escribe, en 1909, Azorín (1999, 289)— sus campiñas están desoladas y casi yermas y sus ciudades aparecen muertas y punto menos que deshabitadas». La imagen de Castilla promovida por Azorín, con los enfoques historiográficos y nacionalizadores que entraña, constituye, sin duda, uno de los logros más significativos de su dedicación paisajística. Las líneas que siguen, procedentes de un artículo dedicado, en 1909, al Lazarillo de Tormes, en las que puede distinguirse con bastante claridad el eco gineriano e institucionista, aportan un ejemplo elocuente de la composición de esa imagen.

«La que podríamos llamar ruta del Lazarillo, se extiende desde Salamanca hasta Toledo. Es ésta una de las partes más pintorescas y castizas de España. Se ha de atravesar la sierra de Gredos. La primera estación que Lázaro y el ciego mendicante hicieron fue en Almorox; era por octubre. En esta época la tierra castellana tiene un encanto especial. A su natural noble, austero, a trechos grandioso, se une la melancolía del otoño. Las montañas son de un color azul acerado; las tierras labrantías aparecen ocres, rojizas, negruzcas; junto a los arroyos, en los vallecillos y collados, una fronda de árboles pone una nota de un verde intenso, y unas picazas, unos alcotanes,

unos tagarotes, revuelan en el cielo, a días plumizo, a días de un añil profundo. Un reposo solemne, un silencio denso envuelve toda la campiña, todas las montañas, todos los alcores y recuestos.

[...] Hoy Torrijos es una ciudad apagada, sin vida, muerta. He estado unos días en ella. El viejo y bello palacio de Altamira ha desaparecido. Tenía este palacio un ancho patio con columnas clásicas; había admirables artesonados en los techos de sus salones. Los hidalgos y oficiales del pueblo se reunían allí a charlar y a jugar al tresillo. En Torrijos no pasa nunca nada. En el Casino actual, como en muchas casas de Castilla, no existen camarillas excusadas. Los socios, como muchos, infinitos vecinos de muchos, infinitos pueblos, han de salir al corral a cielo abierto. Cuando se recorre estos pueblos; cuando el viajero se aposenta en estas fonditas sórdidas y en estos mesones destartalados, es cuando se ve toda la pobreza y toda la dureza de esta pobre, bella y noble Castilla. Una indiferencia profunda, con pesimismo desolador, se respira en el ambiente y se apodera del ánimo. ¿Dónde está aquella ráfaga de arte, de riqueza y de bienestar que hace siglos sopló sobre estas tierras?» (Azorín, 1999, 291-293).

Con su gusto por el pasado, con su interés por los componentes y los usos tradicionales, la imagen del paisaje ofrecida por Azorín tiene algo de geografía histórica. Para conformar esa imagen, utilizó diversas fuentes: desde la literatura clásica española, de la que fue un gran conocedor y un comentarista perspicaz, hasta una gama variada de memorias, informes o dictámenes, a menudo poco conocidos, que su bibliofilia le ayudó a encontrar, pasando por los libros escritos por los viajeros y los diccionarios geográficos. «Azorín —dijo Alfonso Reyes (1956, 243)— es un gran lector. Es, desde luego, uno de los pocos que han sabido leer a sus clásicos». A la «inspiración libresca» de Azorín se refirió Inman Fox (1988, 128), señalando su importancia y comentando algunas muestras elocuentes de su presencia y de sus resultados, como, por ejemplo, el uso frecuente del *Manual para viajeros por España* de Richard Ford, publicado a mediados de los años cuarenta, «para poner de relieve sus descripciones del paisaje español».

Como Giner y como Unamuno (1991, 54), que habló de «la mayor enseñanza que se saca de los libros de viajes que de los de historia», y por razones muy parecidas a las de ambos, Azorín se interesó mucho por los relatos y las guías escritas por los viajeros —sobre todo, el *Itinerario descriptivo de España* de Laborde, de principios del XIX, y el *Manual para viajeros* de Ford, del que dice que es «uno de los mejores libros que poseemos sobre España» (Azorín, 1999, 122)—, y los utilizó a la hora de acercarse al paisaje y a su historia. La imagen del paisaje ofrecida por Azorín está a menudo asociada a su experiencia de lector, como sucede, por ejemplo, en la evocación de un pueblo castellano contenida en los párrafos incluidos a continuación, movida por la lectura de un libro escasamente conocido, escrito por un ganadero trashumante y hermano del Concejo de la Mesta.

«Me he quedado solo ante la vasta y silenciosa llanura. Las campanas han cesado de tañer. Me he sentado en el alterón del camino y he tenido la vista por los anchos sembrados, he contemplado las copas gráciles, enhiestas, de dos álamos que asoman por encima de las bardas del cortinal, he atalayado las lejanas blanquiazules montañas. Eran las nueve de la mañana; he tornado a entrar en el pueblo; de cuando

en cuando pasaba por las callejas algún labriego. Nada turbaba el reposo y el silencio de la vieja ciudad. Los minutos se deslizaban lentos, interminables, eternos. Toda la vida, la escasa vida del pueblo, está en esas lejanas montañas; allá en sus valles hondos y abrigados, en sus recuestos, en sus oteros, los ganados de los vecinos van pastando sosegada y tranquilamente. ¿Qué hacer en esta minúscula ciudad donde no pasa nada, donde no se oye ningún ruido, ni el más ligero rumor? De vuelta en el hostel donde me hospedo, he sacado de mi maleta el libro que traía y he comenzado a leer: 'Un rebaño de mil y cien cabezas debe tener un rabadán, un compañero, un ayudador, un sobrado (que también se llama persona de más) y un zagal.' He aquí toda la organización social, toda la jerarquía, toda la vida de esta vieja y pequeña ciudad. [...]

Todo el silencio, toda la rigidez, toda la adustez de esta inmoble vida castellana, está concentrada en los rebaños que cruzan la llanura lentamente y se recogen en los oteros y los valles de las montañas. Mirad ese rabadán, envuelto en su capa recia y parda, silencioso todo el día, durante todo el año, contemplando un cielo azul, sin nubes, ante el paisaje abrupto y grandioso de la montaña, y tendréis explicado el tipo de campesino castellano castizo, histórico: noble, austero, grave y elegante en el ademán; corto, sentencioso y agudo en sus razones. Los poetas, los novelistas, los dramaturgos clásicos, han retratado en sus obras una Castilla brillante y artificiosa; hay mucho de verdad en la sociedad que ellos describen; pero la sociedad que ellos retratan y nos han transmitido en sus obras, es la sociedad fugitiva, deleznable, de las grandes ciudades. El alma de Castilla, el fondo de la raza, lo que no pasa, lo que perdura, está en estos libros raros, oscuros, desconocidos, que no son literarios, en que no existe retórica ninguna, y que, sin embargo, nos dicen más de Castilla que todas las comedias y todas las novelas.

En la soledad de esta diminuta ciudad de la meseta castellana, he leído y releído el libro de don Manuel del Río, vecino de Carrascosa, provincia de Soria, ganadero trashumante y hermano del honrado Concejo de la Mesta; en mi lectura, el silencio profundo de la llanura castellana se asociaba a la visión del pastor solitario, envuelto en su capa secular, transmitida de padres a hijos, como una herencia sagrada. Y en estas horas, surgía, clara, radiante, toda la tenacidad, todo el silencio altivo y desdeñoso, toda la profunda compasión, toda la nobleza del labriego castellano, raíz y fundamento de una patria». (Azorín, 1999, 297-299).

La imagen del paisaje de Castilla debida a Azorín, expresiva de la finura de su percepción y de su calidad literaria, indisociable de sus ideas sobre el pasado histórico y la continuidad nacional, deja ver además continuamente su no pequeña deuda con el paisajismo gineriano e institucionista. A veces, como decía Carande, parece escucharse la voz de Giner en los textos que dedica Azorín al paisaje de Castilla. «Todo —escribe, en 1906, Azorín (1999, 268), a propósito de ese paisaje— parecía estar en profundo silencio; una sensación de grandeza, de uniformidad, de inflexibilidad, de audacia, de adustez se desprendía de este paisaje». Evocando el recorrido que hizo, a principios de siglo, en compañía de Charles Bogue Luffmann, en el tranvía de vapor que unía entonces el barrio madrileño de San Antonio de la Florida y El Pardo, ofrece Azorín una imagen que, además de aportar una muestra elocuente de su forma

de ver el paisaje castellano, con la Sierra de Guadarrama al fondo, manifiesta modélicamente su proximidad al horizonte gineriano e institucionista, incluso en las reflexiones comparativas que contiene.

«El tranvía —escribe Azorín (1920a, 204-206)— ha comenzado a caminar lentamente; poco a poco la marcha aumenta; crece el estrépito de maderas viejas y herrumbres. Pasamos primero a lo largo de la fila de merenderos; los organillos lanzan sus notas joviales y claras; a la izquierda, por encima de las techumbres, por entre el ramaje, aparecen las riberas del Manzanares. Ya hemos pasado bajo el puente de los Franceses; una larga alameda de olmos enormes se abre ante nosotros; los troncos rugosos aparecen, a trechos, manchados por los verdes líquenes; las ramas finas, desnudas, se recortan en el añil radiante. Todavía el bosque limita el horizonte; aún no ha parecido ante nosotros la perspectiva grande y severa del viejo campo castellano. Pero los árboles de la alameda van desapareciendo; atrás queda el bosque gris, pardo, negruzco, de olmos y de plátanos; el tren asciende por un suave terreno... Y de pronto, ante nuestros ojos, ávidos de empaparse en la hermosura del paisaje, aparece una inmensa llanura de verde oscuro, con entonaciones de azul intenso, rojiza, de un rojo profundo a trechos, amarillenta, de un sombrío amarillo, en otras partes. No es éste el paisaje vasco, suave, melancólico, ensoñador, romántico; no es el paisaje levantino, claro, radiante, desnudo, de líneas y perfiles clásicos. Estas montañas no son las vagas montañas del Norte, esfumadas en la bruma que se desgarran; estas llanuras no son las llanuras diáfanas de Levante, cerradas por una línea de gráciles almendros o por un dorado ribazo del que desbordan los pámpanos presados. Aquí los colores son intensos, enérgicos, oscuros; una impresión de fuerza, de nobleza, de austeridad se exhala de la tonalidad de la tierra, de la vegetación baja, achaparrada, negruzca, de encinares y robledales, de la misma ondulación amplia, digna, majestuosa, que hace la tierra al alejarse. Acá y allá, ante nosotros, en el llano sombrío, destacan las manchas, más intensas, de las encinas; a lo lejos, en la remota línea del horizonte, aparece, al otro lado de una loma negruzca, una larga pincelada menos negra, menos austera; más arriba, por encima de esta línea menos negra, aparece ya, cerrando en definitiva el horizonte, el telón azul del Guadarrama, con sus cresterías nevadas, nítidas, luminosas, irradiadoras...»

A pesar de la importancia que adquiere Castilla en la obra literaria de Azorín, no se agota en ese ámbito geográfico su horizonte paisajístico. Prestó atención también a otros paisajes españoles, y ofreció de las tierras levantinas, donde había nacido, algunas imágenes particularmente logradas y valiosas. Desechando ciertos prejuicios paisajísticos de estirpe romántica bastante generalizados, Azorín acertó a dar una imagen moderna, actualizada, del paisaje levantino, abierta a la percepción y a la valoración de sus rasgos geográficos mediterráneos. Buen ejemplo de ello es su impresión de la subida a una montaña levantina, incluida en *España (Hombres y paisajes)*, en la que Eduardo Martínez de Pisón (1973, 419), en el inteligente comentario que le dedicó, distinguió «la mejor forma, aunque no la más usual, de escribir geografía». He aquí algunos párrafos, sin duda elocuentes, de la visión (y la vivencia) de la montaña levantina que ofrece la obra literaria de Azorín:

«Hoy he subido a una montaña levantina. Me he levantado antes de que rayara el alba. Esta montaña tiene acá y allá grupos de pinos que exhalan un penetrante aroma de resina. No son pinos adiestrados y amaestrados por industriales; no son pinos plantados y cultivados en vista de un futuro aprovechamiento de sus troncos. Estos pinos no conocen la mano del resinero. Crecen libres, rebeldes, felices. Su tronco toma mil formas caprichosas; se tuerce a un lado, luego a otro; se inclina hacia el suelo, después enmienda la torcedura y se levanta airoso. Al aroma de los pinos se mezcla el aroma de las sabinas, del espliego, del romero, del enebro. En este aire sutil y fuerte de los paisajes levantinos y castellanos, los aromas se expanden con toda su libertad; todo el paisaje es aroma; todas las cosas que pasan por el monte, nuestras ropas, nuestros pies, se impregnan de un sentido olor.

A la mitad de mi ascensión a la montaña ha salido el sol. Los haces de luz han bañado los picachos y han corrido por los oteros acariciándolos. Trinaban los pajaricos. Se oía una lejana canción indecisa. Todo era un profundo silencio. La montaña ha comenzado a vivir en esta hora. La montaña tiene sus hondos barrancos, sus salientes de roca erizada y pelada, sus laderas suaves, sus torrenteras, sus paratas o rellanos que el hombre ha formado y cultivado; entre la verdura, los bermejales y calveros ponen su nota roja o amarilla.

Cuando he estado en lo alto me he sentado y me he dispuesto a contemplar largamente el panorama. Se descubría una porción inmensa de terreno. Desde aquí veo las piezas de labranza y los viñedos. Los caminos, los viejos caminos, hacen revueltas y eses entre los bancales. Viejos caminos, caminos angostos y amarillentos, ¿cuántas veces nos han llevado de niños por vosotros? ¿Cuántas veces, ya hombres, hemos ido por vosotros, y por vosotros hemos llevado nuestra tristeza, nuestras ansias y nuestros desengaños? Las carreteras son modernas y ruidosas; las carreteras son todas iguales; no tienen fisonomía, no tienen carácter. Vosotros, caminos estrechos, tortuosos y amarillos; vosotros, que lleváis en España —en la España castiza— la denominación de *caminos viejos* ('el camino viejo de tal parte', 'el camino viejo de tal pueblo'), vosotros sois un complemento de las viejas y nobles ciudades, de los viejos caserones, de las catedrales, de las colegiatas, de las alamedas umbrías y seculares, de los huertos cercados y abandonados». (Azorín, 1954, 111-113).

«En Azorín —escribió Ortega y Gasset (1981, 214)— no hay nada solemne, majestuoso, altisonante». Así sucede también en su modo de ver el paisaje. Es un observador atento, minucioso, que sabe distinguir los detalles del paisaje y dar cuenta de ellos con serena sensibilidad. Azorín no se olvida nunca de describir el paisaje, de identificar —y nombrar con precisión— los elementos que lo componen. Azorín es, como señaló Martínez de Pisón (1973, 424-425), «concreto» y «realista», y los suyos son «paisajes nítidamente determinados», representados literariamente con una «riqueza de vocabulario» que no hace sino traducir la «riqueza de saberes» en la que apoya su visión y su valoración. Y a esa descripción, cuidadosa y ajustada, añade Azorín el sentimiento del paisaje, templado siempre y a menudo teñido de melancolía. La dimensión emotiva del paisajismo de Azorín, su penetración afectiva con el paisaje, se ejercita sobre todo, al igual que su dimensión descriptiva, a través de la consideración de los detalles. La visión del paisaje conformada por Azorín, tanto en lo

que tiene de descripción como en lo que entraña de sentimiento, se apoya decididamente en la atención al detalle, en la simpatía hacia «esos pequeños detalles sugestivos, suscitadores de todo un estado de conciencia», como él mismo decía, hacia «esos detalles que dan, ellos solos, la sensación total» (Azorín, 1968, 131).

* * *

El interés de Azorín por los testimonios literarios se manifiesta también en otro aspecto valioso de su orientación paisajística: la labor que llevó a cabo de recopilación y comentario de las imágenes del paisaje español ofrecidas por otros escritores, anteriores o contemporáneos. Era una manera, precursora en varios sentidos, de comenzar a componer la historia del gusto y del sentimiento del paisaje en España, de empezar a aproximarse a la genealogía de la imagen —literaria, cultural— del paisaje español. Eso es lo que hizo en su libro sobre *El paisaje de España visto por los españoles*, aparecido en 1917, en el que, tras exponer algunas reflexiones introductorias sobre el alcance de las imágenes paisajísticas que cabe hallar en la literatura española anterior al siglo XIX, recogió y comentó un conjunto bastante significativo de visiones literarias modernas de los paisajes de diversos ámbitos geográficos españoles.

Allí están, por ejemplo, las imágenes del Bierzo de Enrique Gil y Carrasco, en las que encuentra, con razón, la primicia española de los renovados vientos paisajistas de la modernidad decimonónica, en las que «nace por primera vez en España —escribe Azorín (1917, 20-21)— el paisaje en el arte literario», y en las que distingue «cierta semejanza y paralelismo» con las vistas del pintor Carlos de Haes. Y allí están también, entre muchas otras, la imagen que Bécquer ofreció de Veruela y del Moncayo, la visión de Castilla debida a Pérez Galdós, las imágenes del paisaje gallego de Rosalía de Castro, Emilia Pardo Bazán y Valle-Inclán, o las impresiones sobre el País Vasco de Pío Baroja, «el artista —dice Azorín (1917, 43-49)— que más penetrantemente ha sabido describir el paisaje vasco», que le recuerdan «algunos cuadros de Darío de Regoyos, cuadros llenos de luz, de color, de reverberaciones».

No sólo constata Azorín, a lo largo de las páginas de ese libro, en los sucesivos comentarios que dedica a los testimonios literarios seleccionados, la importancia adquirida por el paisaje entre los escritores modernos, los del siglo XIX y los primeros decenios del XX, sino que advierte además el notable papel que a menudo desempeñan esas visiones procedentes de la literatura en la configuración de la imagen cultural del paisaje, en la conformación del modo de ver, el modo de percibir y de apreciar las cosas, asociado a la cultura moderna del paisaje. Sólo cuando «el artista lo lleva a la pintura o a las letras», cuando ya «está creado en el arte», es cuando «comenzamos —escribe Azorín (1917, 43)— a ver el paisaje en la realidad». Llama así la atención Azorín sobre lo que el paisaje, la visión del paisaje, tiene de creación cultural, de proyección de claves culturales, de formas de pensar y de sentir, que a menudo se dejan ver con especial claridad en el mundo del arte. «A Castilla, nuestra Castilla —añade Azorín (1917, 67)—, la ha hecho la literatura».

De ese modo se expresa, a lo largo de su obra literaria, con todos los ingredientes e intenciones que lo caracterizan, el gran interés de Azorín por el paisaje. Recogió la herencia de Francisco Giner y de la Institución Libre de Enseñanza, y ofreció una imagen del paisaje español —y, en particular, del paisaje de Castilla— penetrante y valiosa, acorde en todo

momento con su concepción historiográfica y con su idea de la continuidad nacional, y coherentemente enmarcada en el horizonte intelectual de la generación del 98. Azorín fue uno de los más notables exponentes de la intensa dedicación paisajística de ese grupo de escritores, y contribuyó en buena medida a conformar la imagen literaria moderna del paisaje de España. La visión paisajística de Azorín constituyó, en fin, en el seno de la generación del 98, una aportación destacada (e influyente) a la cultura moderna del paisaje en España.

BIBLIOGRAFÍA

- AZORÍN (1913): *Clásicos y modernos*, Madrid, Renacimiento, 346 pp.
- AZORÍN (1916): «Las obras de Giner», *La Lectura*, tomo 2, pp. 201-206.
- AZORÍN (1917): *El paisaje de España visto por los españoles*, Madrid, Renacimiento, 181 pp.
- AZORÍN (1920a): «La tierra de Castilla» [1904], en AZORÍN: *Fantasías y devaneos (Política, Literatura, Naturaleza)*, Madrid, Rafael Caro Raggio, págs. 201-208.
- AZORÍN (1920b): *Lecturas españolas* [1912]. (Edición aumentada), Madrid, Rafael Caro Raggio, 278 pp.
- AZORÍN (1954): *España* [1909], Buenos Aires, Espasa-Calpe, 145 pp.
- AZORÍN (1967): «Cossío» [1929], en AZORÍN: *Crítica de años cercanos*. Recopilación de J. García Mercadal, Madrid, Taurus, págs. 124-127.
- AZORÍN (1968): *La voluntad* [1902]. Edición, introducción y notas de E. I. Fox, Madrid, Castalia, 303 pp.
- AZORÍN (1999): *Castilla* [1912]. Edición de I. Fox, Madrid, Espasa Calpe, 6ª ed., 312 pp.
- BERDOULAY, V. y SAULE-SORBÉ, H. (1998): «La mobilité du regard et son instrumentalisation. Franz Schrader à la croisée de l'art et de la science», *Finisterra*, XXXIII, 65, págs. 39-50.
- CARANDE, R. (1976): «Mis acreedores preferentes» [1957], en CARANDE, R.: *Siete estudios de Historia de España*, Barcelona, Ariel, 3ª ed., págs. 201-229.
- CATALÁN, D. (1991): «Introducción. España en su historiografía: de objeto a sujeto de la Historia», en MENÉNDEZ PIDAL, R.: *Los españoles en la Historia* [1947], Madrid, Espasa Calpe, 3ª ed., págs. 9-73.
- FOX, E. I. (1988): «Lectura y literatura (En torno a la inspiración libresca de Azorín)» [1967], en FOX, E. I.: *Ideología y política en las letras de fin de siglo (1898)*, Madrid, Espasa Calpe, págs. 121-155.
- FOX, I. (1997): *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 224 pp.
- FOX, I. (1999): «Introducción», en AZORÍN: *Castilla*. Edición de I. Fox, Madrid, Espasa Calpe, 6ª ed., págs. 11-77.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. (1985): *Castilla (Entre la percepción del espacio y la tradición erudita)*. Prólogo de F. Ruiz Martín, Madrid, Espasa-Calpe, 312 pp.
- GINER DE LOS RÍOS, F. (1886): «Paisaje», *La Ilustración Artística*, V. 219 y 220, págs. 91-92 y 103-104.
- LÓPEZ ONTIVEROS, A. (1991): *La imagen geográfica de Córdoba y su provincia en la literatura viajera de los siglos XVIII y XIX*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 145 pp.

- LÓPEZ ONTIVEROS, A. (2001): *Córdoba en «La Feria de los Discretos» de Pío Baroja*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 101 pp.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (1973): «Un texto geográfico. ‘En la montaña’, de Azorín», en ALARCOS, E. y otros: *El comentario de textos*, Madrid, Castalia, págs. 416-431.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (1998): *Imagen del paisaje. La Generación del 98 y Ortega y Gasset*, Madrid, Caja Madrid, 222 pp.
- ORTEGA CANTERO, N. (2001): *Paisaje y excursiones. Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama*, Madrid, Caja Madrid y Raíces, 333 págs.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1981): *Ensayos sobre la «Generación del 98» y otros escritores españoles contemporáneos*. Nota preliminar de P. Garagorri, Madrid, Revista de Occidente y Alianza, 302 pp.
- REYES, A. (1956): «Apuntes sobre Azorín» [1915-1922], en REYES, A.: *Simpatías y diferencias. Los dos caminos. Reloj de sol. Páginas adicionales* (Obras completas, IV), México D. F., Fondo de Cultura Económica, págs. 241-257.
- STORM, E. (2002): «Los guías de la nación. El nacimiento del intelectual en su contexto internacional», *Historia y Política*, 8, págs. 39-55.
- UNAMUNO, M. de (1991): *En torno al casticismo* [1895]. Introducción de L. González Egado, Madrid, Espasa Calpe, 11ª ed., 168 pp.
- VALENTE, J. A. (1965): «La naranja y el cosmos (En el cincuentenario de don Francisco Giner)», *Ínsula*, XX, 220, pág. 5.
- ZULUETA ARTALOYTIA, J. A. de: «Vocación viajera y entendimiento del paisaje en la generación del 98», en GÓMEZ MENDOZA, J. y otros: *Viajeros y paisajes*, Madrid, Alianza, págs. 89-106.

